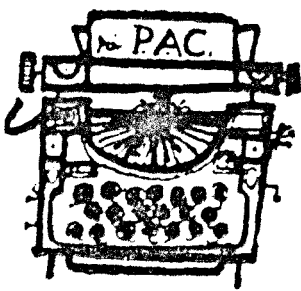


escrito a máquina

*La juventud
quiere saber
y hacer
historia*



En una de las columnas de la página editorial de "La Prensa" leí esta semana que un grupo de jóvenes —preocupados por el rumbo incierto y peligroso que lleva Nicaragua— se preparaban para convocar a una reunión en la cual se tratará de buscar una salida al emparedamiento de la situación nacional, estudiando los sucesos del presente a la luz del pasado, es decir, estudiando nuestra historia, para aprovechar su experiencia y usarla como base y punto de partida en la búsqueda de las nuevas soluciones que nuestro tiempo y circunstancias exigen.

Reconforta que esta determinación surja entre los jóvenes en su doble planteamiento de buscar la salida hacia el futuro PERO buscarla estudiando el pasado, para acumular experiencia y para no caer en la repetición de errores. Reconforta, digo, porque entre los que han estudiado las características de las nuevas generaciones es ya tópico señalarles, como un "handicap" o impedimento grave de sus muchas virtudes y cualidades, su actitud despreciativa y de voluntaria ignorancia de la historia.

Comentando —hace ya algún tiempo— esta supuesta actitud juvenil, citaba la impresión que me hizo una observación del naturalista G. B. Schaller en su libro "La Vida del Gorila". Decía Schaller que la capacidad del gorila para impartir información a un vecino se limita totalmente a la situación del momento; no puede de ninguna manera comunicar nada que sucediera ayer. Posiblemente el gorila se quedó siempre igual a sí mismo, posiblemente el mono se quedó mono por esta limitación. Al no poder transmitir el pasado, no pudo —nunca pudo!— acumular esa experiencia comunicable que se llama cultura, y así, sin poder basarse en el ayer, nunca tuvo mañana. Se estacionó en el presente permanente de la infinita soledad cultural del animal.

Creo, sin embargo, que esta teoría del gorila estaba mal dirigida cuando como catedrático se la aplicaba irónicamente a mis alumnos al percibir en ellos una actitud hostil contra la historia.

Porque ¿era realmente hostilidad contra la historia?

En primer lugar, cuando el joven interroga a su historia lo que oye, ve y recibe como historia es una mezcla desconfiable de valoraciones: La moneda falsa vale lo mismo o más que la verdadera. La historia que la anti-historia. Los monumentos a los héroes son enanos, los monumentos a los "políticos" son gigantescos. Permanecer en el Poder es mucho mayor motivo de gloria que conquistar la Libertad. Sandino es oficialmente bandolero pero la abrogación del Tratado Bryan-Chamorro es un hecho equiparable a la Independencia. Etcétera. El joven percibe los mismos adjetivos para la hazaña de Rafaela Herrera y para el cumpleaños del Presidente. Entonces es posible que desconfíe del pasado cuando se le sirve con los equívocos del presente. Un inteligente signiatra, amigo mío, (q.e.p.d.), me contaba el caso de una señorita que llegó a su consulta angustiada porque odiaba la bandera nacional. Pero esta joven, cuando era niña, tuvo que ir durante muchos días a llevarle comida a su padre, preso político, y quedó grabada en su mente la imagen de la bandera azul y blanca flameando en el patio de la cárcel como signo de la opresión y del dolor de su infancia. De la misma manera mucha historia es devuelta por la juventud al llegar a su mente revestida por los signos de la anti-historia. Mejor dicho, no llega a ella. La desconfianza la hace lanzarse al futuro sin pasado.

Pero hay también otro motivo. ¿No tenemos historia! Fuera de algunos textos elementales que enumeran hechos y fechas, no tenemos historia escrita. Los hechos, decía Ortega y Gasset —son, solamente, "la piel de la historia". Debajo de la piel está toda la estructura ósea, el dramático proceso vital del pueblo nicaragüense embarcado en una geografía mediterránea; debajo de la piel están las venas y arterias de un mestizaje oscuro y fecundo; debajo de la piel está la carne y la musculatura "cultural" y el cerebro con su historia de las ideas. Y esta historia orgánica, aunque fuera breve, no existe. El signo del gorila se ha posado en el árbol genealógico de los nicaragüenses y ha impedido la información del pasado. ¿No es sintomático, en este emparedamiento político del país, que no exista un solo libro de historia que merezca ese nombre?

¡Ojalá que la inquietud de los jóvenes produzca, además del fruto que persiguen, promover la escritura de ese libro —llave para abrir el porvenir— un libro sin parcialidad ni partido, un libro libre, por cuanto debe ser texto de liberación y fe de nacionalidad.

PABLO ANTONIO CUADRA